

que no dió lugar á resistencia, llenó de asombro á la gente de la Ville-aux-Fayes y de Soulanges. Soudry, que se consideró destituido, se lamentó, y Gaubertin logró que le nombrasen alcalde, á fin de poner la gendarmería á sus órdenes. Se gritó mucho contra la tiranía. Montcornet pasó á ser objeto del odio popular. No solamente cambió el modo de vivir de cinco ó seis familias, sino que hirió la vanidad de muchos. Los aldeanos, animados por palabras dichas por algunos de los pequeños burgueses de Soulanges y de la Ville-aux-Fayes, por Rigou, por Langlumé, por el señor Guerbet, el jefe de la posta de Conches, se creyeron en visperas de perder lo que ellos llamaban sus derechos.

El general arregló el pleito con su antiguo guarda, pagándole todo lo que le pedía.

Con los dos mil francos Piernacorta compró un pequeño dominio enclavado en las tierras de los Aigues, en un lugar limpio de matorrales, que era punto de espera para la caza. Rigou no había querido nunca ceder la Bachelería; pero sintió un especial placer vendiéndosela á Piernacorta con un cincuenta por ciento de beneficio. Como Piernacorta no hubiese pagado más que mil francos, pasaba á ser de aquel modo uno más de los numerosos clientes de Rigou, que le tenía en sus manos de este modo.

Los tres guardas, Michaud y el guarda campestre, hicieron desde entonces vida de guerrilleros. Acostándose en los bosques, los recorrían sin cesar. Adquirían aquel profundo conocimiento que constituye la ciencia del guardabosque, que le ahorra pérdida de tiempo, estudiando las salidas, familiarizándose con los atajos y acostumbrando sus oídos á los choques y diferentes ruidos que se hacen en los bosques. Finalmente, observaron las caras, pasaron revista á las diferentes familias de las diversas aldeas del distrito y á los individuos que las componían, sus costumbres, su carácter y sus medios de existencia. ¡Cosa más difícil de lo que se piensa! Al ver que tomaban medidas tan acertadas, los aldeanos que vivían de los Aigues opusieron un mutismo completo y una astuta sumisión á aquella inteligente policía.

Desde un principio, Michaud y Sibilet no simpatizaron. El franco y leal militar, honra de los sargentos de la joven guardia, odiaba la melosa estupidez y el aire descontento del administrador, á quien apodó desde un principio el *Chino*. Bien pronto observó las objeciones que Sibilet opo-

nia á las medidas radicalmente útiles y las razones con que justificaba las cosas de dudoso éxito. En lugar de calmar al general, Sibilet, como ha podido verse en este sucinto relato, le excitaba sin cesar, y le inclinaba á tomar medidas de rigor, procurando al mismo tiempo intimidarle con la infinidad de molestias, pequenezes y dificultades renacientes é invencibles. Sin adivinar el papel de espía y de agente provocador aceptado por Sibilet, el cual, desde su instalación en el castillo, se prometió á sí mismo escoger, según sus intereses, un amo entre el general y Gaubertin, Michaud reconoció en el administrador una naturaleza ávida y malvada. La profunda enemistad que separó á estos dos altos funcionarios agradó en un principio al general. El odio de Michaud le inclinaba á espiar al administrador, espionaje al que él, sin embargo, no se hubiese entregado, si el general no se lo hubiese pedido. Sibilet acarició al guarda general y lo aduló rastaramente, sin poder lograr que abandonase aquella excesiva cortesía que el bravo militar usaba para que sirviese de barrera entre ellos.

Ahora, conocidos ya estos detalles preliminares, se comprenderá perfectamente el interés de los enemigos del general, y el de la conversación que tuvo con sus dos ministros.

CAPÍTULO IX

DE LA MEDIOCRACIA

—Y bien, Michaud, ¿qué hay de nuevo? preguntó el general después que la condesa salió del comedor.

—Mi general, si queréis creerme, no hablemos aquí de estos asuntos; las paredes oyen, y no quisiera que lo que vamos á hablar salga de entre nosotros.

—Bueno, respondió el general, iremos paseándonos hasta la casa del intendente, por el sendero que atraviesa el prado; de este modo estaremos seguros de que nadie nos escucha...

Algunos instantes después, el general atravesaba la pradera, acompañado de Sibilet y de Michaud, mientras que la condesa iba entre el abate Brossette y Blondet. Michaud contó la escena ocurrida en la taberna.

—Vatel no tiene razón, dijo Sibilet.

—Bien se lo han probado cegándole; pero esto no es nada, repuso Michaud. Ya sabéis, mi general, nuestro proyecto de aprehender el ganado de todos los delincuentes condenados; pues bien, nunca lo lograremos. Brunet, lo mismo que su colega Plissoud, jamás nos prestarán su leal concurso; siempre buscarán medios de advertirles la aprehensión proyectada. Vermichel, el patricio de Brunet, ha ido á buscar al padre Fourchon á la Grande-I-Verde, y María Tonsard, novia de Bonnebault, ha ido á Conches á dar la voz de alarma. En fin, que los estragos vuelven á reanudarse.

—Cada día se va haciendo más necesario el dar un golpe que haga sentir vuestra autoridad, dijo Sibilet.

—¿Qué os decía yo? exclamó el general. Es preciso reclamar y exigir que se ejecuten las condenas de prisión, y que abonen en cárcel los perjuicios y las costas que me deben.

—Estas gentes consideran la ley impotente, y se dicen unos á otros que no se atreverán á prenderlos, replicó Sibilet. ¡Se imaginan que les tenéis miedo! Tienen cómplices en la Ville-aux-Fayes, pues el procurador parece haber olvidado las condenas.

—Creo que gastando mucho dinero podríais salvar aún vuestras propiedades, dijo Michaud viendo al general pensativo.

—Vale más gastar dinero que tratar con rigor, respondió Sibilet.

—¿Cuál es vuestro proyecto? preguntó el general á su guarda.

—Es muy sencillo, dijo Michaud; se trata de rodear de paredes los bosques, como está vuestro parque, y de ese modo estaremos tranquilos; el menor delito se convierte en crimen que ha de ser juzgado en la audiencia.

—¡A nueve francos la toesa superficial, nada más que en materiales, el señor conde gastaría la tercera parte del capital de los Aigues! dijo Sibilet riéndose.

—Vamos, dijo Montcornet, me voy al instante á ver al procurador general.

—El procurador general, replicó con dulzura Sibilet, es muy probable que sea de la misma opinión que el procurador del rey, pues semejante abandono anuncia un acuerdo entre ellos.

—Pues bien, hay que saber á qué atenerse, exclamó Montcornet. Si se trata de hacer saltar jueces, magistratura, todo, hasta el procurador general, iré á ver al ministro de justicia, y hasta al rey, si es necesario.

A una señal de asentimiento que le hizo Michaud, el general dió á Sibilet, volviéndose, un «Adiós, querido mío», que el administrador comprendió.

—¿Opina el señor conde, como alcalde, que se deben tomar las medidas necesarias para reprimir los abusos cometidos en la cosecha? dijo el administrador saludando. La siega va á empezar, y, si se han de publicar los acuerdos sobre los certificados de indigencia y sobre la interdicción del espiguelo á los indigentes de los ayuntamientos vecinos, no tenemos tiempo que perder.

—Está bien, entendedos con Groison, dijo el conde. Con semejante gente, añadió, hay que sujetarse estrictamente á la ley.

De este modo, en un momento, Montcornet aprobó el sistema que le proponía Sibilet hacía ya quince días, al cual se negaba, pero que acabó por parecerle excelente en medio de la cólera que le causó el accidente de Vatel.

Cuando Sibilet estuvo á cien pasos, el conde dijo en voz baja á su guarda:

—¿Qué hay, mi querido Michaud?

—Tenéis un enemigo en casa, general, y le confiáis proyectos que no debíais confiar á nadie.

—Participo de tus sospechas, querido mío, replicó Montcornet; pero no cometeré dos veces la misma falta. Para reemplazar á Sibilet, espero á que estés al corriente en los asuntos de la administración y á que Vatel pueda sucederte. Sin embargo, ¿qué tengo yo que reprochar á Sibilet? Es puntual, probo; no me ha robado ni cien francos en cinco años que está á mi servicio. Tiene un carácter detestable, y nada más; pero, después de todo, ¿cuáles pueden ser sus proyectos?

—General, dijo gravemente Michaud, yo lo sabré, pues indudablemente tiene alguno; y, si me lo permitís, con un saco de mil francos haré hablar á ese pillo Fourchon, aunque, desde esta mañana, sospecho que el padre Fourchon come á dos carrillos. Quieren obligaros á vender los Aigues; ese pillo cordelero me lo ha dicho. ¡Sabadlo! desde Conches hasta la Ville-aux-Fayes, no hay aldeano, corti-

jero, pequeño propietario, ni tabernero, que no tenga dispuesto su dinero para el día de la venta. Fourchon me ha confiado que su yerno Tonsard ha fijado ya su elección sobre el terreno... La opinión de que vendéis los Aigues reina ya en el valle, envenenando el ambiente. Acaso el pabellón de la intendencia y algunas tierras contiguas sean el premio del espionaje de Sibilet. No se dice nada entre nosotros que no se sepa en la Ville-aux-Fayes. Sibilet es pariente de vuestro enemigo Gaubertin. Lo que acabáis de decir sobre el procurador general, acaso lo sepa este magistrado antes de que lleguéis á la prefectura. ¡No conocéis la gente de este concejo!

—¿Que no la conozco?... Son todos unos canallas... ¡Y tener que ceder ante semejantes pillos! exclamó el general. ¡Ah! ¡antes prenderle fuego cien veces á los Aigues!

—No le prendamos fuego y adoptemos un plan de conducta que anule los ardides de esos liliputienses. Si se da fe á sus amenazas, están decididos á todo contra vos; así es que, mi general, ya que habláis de incendio, asegurad vuestras posesiones y vuestros cortijos.

—¡Ah! Michaud, ¿sabes tú lo que quieren decir con eso de Tapicero? Ayer, paseando á orillas del Thune, oía á unos muchachitos que decían: «Ahí va el Tapicero», y se escapaban.

—Eso debíais preguntárselo á Sibilet, que os contestaría con mucho gusto, pues al parecer le gusta encolerizaros, respondió Michaud con aire afligido; pero, ya que me lo preguntáis... sabed que es el apodo que os han puesto esos bandidos, mi general.

—Y ¿por qué motivo?

—Mi general, con motivo de... vuestro padre...

—¡Ah! ¡los perros! exclamó el general poniéndose pálido. Sí, Michaud, mi padre era comerciante de muebles, ebanista; la condesa no sabe nada... ¡Ah! ¡que nunca...! Pero ¿qué?... después de todo, ¡yo he bailado con reinas y con emperatrices!... Se lo diré todo esta noche, exclamó después de una pausa.

—Dicen que sois un cobarde, repuso Michaud.

—¡Ah!

—Preguntan cómo habéis podido salvaros en Essling, habiendo perecido allí casi todos vuestros compañeros.

Esta acusación hizo sonreír al general.

—Michaud, me voy á la prefectura, aunque sólo sea para llenar las pólizas de seguridad, exclamó con cierta rabia. Participale mi marcha á la condesa. ¡Ah! ¿quieren guerra? pues la tendrán, y voy á divertirme en atormentar á los vecinos de Soulanges y á los aldeanos... Estamos en país enemigo, y hay que tener prudencia. Recomienda á los guardas que se mantengan dentro de la ley. Ten cuidado de ese pobre Vatel. La condesa está asustada; es preciso ocultárselo todo, pues de otro modo, no volvería más aquí.

Ni el general, ni Michaud, conocían la realidad del peligro que corrían. Michaud, llegado hacia poco tiempo al valle de Borgoña, ignoraba el poder del enemigo, aunque veía sus actos. El general creía en la fuerza de la ley.

La ley, tal como el legislador la fabrica hoy, no tiene la virtud que se le supone. No castiga por igual al país, y es modificable en sus aplicaciones, hasta el punto de desmentir el principio en que se basa. Este hecho se ve más ó menos patentemente en todas las épocas. ¿Cuál sería el historiador bastante ignorante que pretendiese que las resoluciones del poder más enérgico habían de ser cumplidas en toda la Francia, y que las contribuciones de hombres, de especies y de dinero, impuestas por la Convención, habían de ser satisfechas en Provenza, en el interior de Normandía, y en los extremos de Bretaña, como lo fueron en los grandes centros de la vida social? ¿Qué filósofo se atrevería á negar que una cabeza cae hoy en una región, mientras que en la región vecina otra cabeza se salva, á pesar de ser culpable de un crimen idéntico, y á veces más horrible? Se pretende la igualdad en la vida, cuando la desigualdad reina en la ley, en la pena de muerte.

Tan pronto como un pueblo llega á alcanzar un cierto número de población, los medios administrativos no son los mismos. Existen en Francia más de cien ciudades en que las leyes se aplican con todo su rigor, en que la inteligencia de los ciudadanos llega á comprender el problema del interés general ó de porvenir que la ley pretende resolver; pero en el resto de Francia, en donde no se comprenden más que los goces inmediatos, todo el mundo se sustrae de aquello que puede perjudicarlos. Así es que en la mitad de Francia próximamente se encuentra una fuerza de inercia que se opone á toda acción legal, administrativa y gubernamental. Entiéndase bien que esta resistencia no alcanza

á las cosas esenciales á la vida política. La percepción de los impuestos, el reclutamiento, el castigo de los grandes crímenes, tienen lugar indudablemente; pero, aparte de ciertas necesidades reconocidas, todas las disposiciones legislativas que afectan á las costumbres, á los intereses y á ciertos abusos están completamente abolidas por una resistencia general. Y, en el momento en que se publica esta obra, es fácil ver esta resistencia, contra la que chocó en otro tiempo Luis XIV en Bretaña. Viendo los deplorables hechos que causa la ley sobre la caza, se sacrificará acaso la vida de veinte ó treinta hombres al año para salvar las de algunos animales.

En Francia, para veinte millones de seres, la ley no es más que un papel blanco fijado en la puerta de una iglesia ó de una alcaldía. De ahí la palabra *papeles* empleada por Mosca como expresión de la autoridad. Muchos alcaldes de villa (no digo ya de pueblo) hacen cucuruchos de papel con los números del *Boletín de las Leyes*. Respecto á los sencillos alcaldes de pueblo, asombraría ver el número de ellos que no saben leer ni escribir, y el cómo se llevan las actas del estado civil. La gravedad de esta situación, que es perfectamente conocida por los administradores serios, disminuirá sin duda; pero la centralización, contra la cual se declara tanto, como se declara en Francia contra todo lo que es grande, útil y fuerte, no se conseguirá nunca; el poder contra el que se estrellará siempre, es el mismo contra el que fué á estrellarse el general, y que es preciso denominar la *mediocracia*.

Se ha gritado mucho contra la tiranía de los nobles, se grita hoy contra la de los hacendistas, contra los abusos del poder, que sin duda no son otra cosa que los inevitables magullamientos del yugo social, llamado contrato por Rousseau, constitución por éstos, carta por aquéllos; aquí czar allí rey, parlamento en Inglaterra; pero la nivelación empezada en 1789 y reanudada en 1830, ha preparado el torpe dominio de la burguesía y le ha entregado la Francia. Un hecho desgraciadamente demasiado común hoy, es la esclavitud de un distrito, de un pueblo ó de un concejo, llevada á cabo por una familia; en fin, el cuadro del poder que había sabido conquistarse Gaubertin en plena Restauración acusará mejor este mal social que todas las afirmaciones dogmáticas. Muchas localidades oprimidas verán aquí su

espejo, muchas gentes perjudicadas sordamente encontrarán aquí ese *quid* público, que á veces le consuela á uno de una gran desgracia privada.

En el momento en que el general se imaginaba reanudar una lucha que nunca había tenido tregua, su antiguo administrador acababa de completar las mallas de la red con que sostenía al distrito entero de la Ville-aux-Fayes. Para evitar que este estudio se haga pesado, es necesario presentar sucintamente las ramas genealógicas con que Gaubertin abrazaba el país cual si fuese una boa enroscada á un árbol gigantesco con tanto arte que el viajero creyese ver en ella un efecto natural de la vegetación asiática.

En 1793 existían tres hermanos que llevaban el nombre de Mouchon en el valle del Avonne. Desde 1793 empezó á sustituirse el nombre del valle del Avonne por el de valle de los Aigues, llevada la gente de su odio al antiguo señorío.

El hermano mayor, administrador de los bienes de la familia Ronquerolles, llegó á ser diputado por aquel distrito en la Convención. A imitación de su amigo Gaubertin el acusador público que salvó á los Soulanges, él salvó la vida y los bienes de los Ronquerolles; tuvo dos hijas, la una casada con el abogado Gendrin, y la otra con Gaubertin hijo, y murió en 1804.

El segundo hermano, gracias á la protección del mayor, obtuvo gratis la administración de correos de Conches. Tuvo por sola y única heredera una hija, casada con un rico cortijero del país, llamado Guerbet. Murió en 1817.

El último de los Mouchon, habiéndose hecho sacerdote, cura de la Villa-aux-Fayes antes de la Revolución, cura después del restablecimiento del culto católico, seguía siendo cura de esta pequeña capital. No quiso prestar juramento, y se escondió durante mucho tiempo en los Aigues, en la Cartuja, bajo la secreta protección de los Gaubertin, padre é hijo. Contando sesenta y siete años á la sazón, gozaba de la estimación y del afecto general, á causa del perfecto acuerdo de su carácter con el de los habitantes. Mezquino hasta la avaricia, pasaba por ser muy rico, y su presumida fortuna consolidaba el respeto de que estaba rodeado. Monseñor el obispo atendía en todo al abate Mouchon, á quien llamaba siempre el venerable cura de la Ville-aux-Fayes; y lo que contribuía tanto como su fortuna á que fuese querido el cura Mouchon por los habitantes, era el conocimiento que tenían

éstos de que, en más de una ocasión, se había negado á ir á ocupar curatos de más importancia, que le habían sido ofrecidos por el obispo.

En estos momentos, Gaubertin, alcalde de la Ville-aux-Fayes, tenía un sólido apoyo en el señor Gendrin, su cuñado, presidente á la sazón de aquella audiencia. Gaubertin hijo, el procurador que más trabajaba y que tenía más renombre en el distrito, hablaba ya de vender su estudio, después de cinco años de ejercicio. Quería suceder á su tío Gendrin en su profesión de abogado, cuando éste se retirase. El hijo único del presidente Gendrin era registrador de la propiedad.

Soudry hijo, que desde hacía dos años ocupaba el empleo principal del ministerio público, era un seide de Gaubertin. La astuta señora Soudry no había dejado de echar sólidos cimientos á la posición del hijo de su marido para un inmenso porvenir, casándolo con la hija única de Rigou. La doble fortuna del antiguo monje y la de Soudry, que debía pasar á manos del procurador del rey, hacía de este joven uno de los personajes más ricos y más considerables del departamento.

El subprefecto de la Ville-aux-Fayes, señor de Lupeaulx, sobrino del secretario general de uno de los ministerios más importantes, era el marido designado para la señorita Elisa Gaubertin, la hija menor del alcalde, cuya dote, lo mismo que la de lamayor, ascendía á doscientos mil francos, *sin las esperanzas*. Este funcionario hizo su fortuna sin saberlo enamorándose de Elisa, á su llegada á la Ville-aux-Fayes en 1819. Sin sus pretensiones, que fueron bien acogidas, hacía ya tiempo que le hubiesen trasladado; pero pertenecía ya casi de hecho á la familia Gaubertin, cuyo jefe miraba en aquella alianza más bien al tío que al sobrino. De modo que el tío, en interés de su sobrino, ponía toda su influencia á disposición de Gaubertin.

Así es que la Iglesia, la magistratura bajo su doble forma, amovible é inamovible, el municipio, la administración, en una palabra, los cuatro pies del poder, andaban á gusto del alcalde.

He aquí cómo se había fortificado este poder por encima y por debajo de la esfera en que obraba:

El departamento á que pertenecía la Ville-aux-Fayes es uno de aquellos cuya población da derecho á elegir seis

diputados. El distrito de la Ville-aux-Fayes, desde la creación del centro de la izquierda en el Congreso, había nombrado diputado á Leclercq, banquero del depósito de vinos, yerno de Gaubertin, y que había sido nombrado regente de la banca. El número de electores con que contaba este rico valle en el gran colegio era bastante considerable para que la elección del señor de Ronquerolles, protector que era de la familia Mouchon, quedase siempre asegurada, aunque sólo fuese por transacción. Los electores de la Ville-aux-Fayes prestaban su apoyo al prefecto á condición de que el marqués de Ronquerolles saliese diputado en el gran colegio. De modo que Gaubertin, que fué el primero que tuvo la idea de este arreglo electoral, era mirado con buenos ojos en la prefectura, á la cual salvaba de muchos disgustos. El prefecto hacía elegir á tres ministeriales puros, con dos diputados del centro de la izquierda. Como que éstos diputados eran el marqués de Ronquerolles, suegro del conde de Serizy, y un regente de la banca, no causaban grandes temores al gabinete. De modo que las elecciones de este departamento pasaban en el ministerio por ser excelentes.

El conde de Soulanges, par de Francia, designado para ser mariscal, fiel á los Borbones, sabía que sus bosques y sus propiedades estaban bien administradas y bien guardadas por el notario Lupin y por Soudry; Gendrin podía considerarle como un protector, pues había hecho que le nombrasen sucesivamente juez y presidente, ayudado, por otra parte, en esto, por el señor de Ronquerolles.

Los señores Leclercq y Ronquerolles se sentaban en el centro de la izquierda, más próximos á la izquierda que al centro, situación política llena de ventajas para los que consideran la conciencia política como un traje.

El hermano del señor Leclercq había obtenido la recaudación particular de la Ville-aux-Fayes.

Al otro lado de esta capital del valle del Avonne, el banquero, diputado del distrito, acababa de adquirir una magnífica tierra que daba treinta mil francos de renta, con parque y palacio, cuya posición le permitía ejercer su influencia en toda aquella comarca.

De modo que en las regiones superiores del Estado, en las dos cámaras y en el ministerio principal, Gaubertin contaba con una protección tan poderosa como activa, y aun

no la había solicitado para nada, ni la había molestado con serias peticiones.

El consejero Gendrin, nombrado presidente por la Cámara, era el gran intrigante de la Audiencia. El primer presidente, que era uno de los tres diputados ministeriales, orador necesario en el centro, dejaba, durante la mitad del año, la dirección de la Audiencia al presidente Gendrin. Finalmente, el consejero de prefectura, primo de Sarcus, llamado Sarcus el Rico, que era también diputado, era el brazo derecho del prefecto. Sin las razones de familia que unían á Gaubertin y al joven Lupeaulx, un hermano de la señora Sarcus hubiese sido *deseado* para subprefecto por el distrito de la Ville-aux-Fayes. La señora Sarcus, mujer del consejero de la prefectura, era una Vallat de Soulanges, familia aliada á los Gaubertin y pasaba por haber *distinguido* al notario Lupin en su juventud. Aunque tenía cuarenta y cinco años y un hijo alumno ingeniero, Lupin no iba nunca á la prefectura sin que dejase de saludarla ó de comer con ella.

El sobrino de Guerbet, el administrador de correos, cuyo padre era, como hemos visto, maestro de Soulanges, ocupaba la importante plaza de juez de instrucción en el tribunal de la Ville-aux-Fayes. El tercer juez, hijo de maese Corbinet, notario, pertenecía necesariamente en cuerpo y alma al todopoderoso alcalde; finalmente, el joven Vigor, hijo del teniente de la gendarmería, era el juez suplente.

Sibilet padre, escribano de la audiencia desde un principio, había casado á su hermana con el señor Vigor, teniente de la gendarmería de la Ville-aux-Fayes. Este buen hombre, padre de seis hijos, era primo del padre de Gaubertin por su mujer, una Gaubertin Vallat.

Desde hacía diez y ocho meses, los esfuerzos reunidos de los dos diputados, del señor de Soulanges y del presidente Gaubertin, habían hecho crear una plaza de comisario de policía en la Ville-aux-Fayes, para la que fué nombrado el segundo hijo del escribano.

La hija mayor de Sibilet se había casado con el señor Hervé, maestro, cuyo establecimiento se había transformado en colegio con motivo de su casamiento, y, desde hacía un año, la Ville-aux-Fayes disfrutaba de un director de colegio.

El Sibilet, primer pasante del notario Corbinet, esperaba de los Gaubertin, de los Soudry y de los Leclercq, las ga-

rantías necesarias para la adquisición del estudio de su amo.

El último hijo del escribano estaba empleado en el registro, con promesa de suceder al registrador tan pronto como este funcionario alcanzase el tiempo de servicio necesario para obtener el retiro.

Finalmente, la última hija de Sibilet, de diez y seis años de edad, estaba prometida al capitán Corbinet, hermano del notario, para quien se había obtenido la plaza de administrador de correos.

La posta de la Ville-aux-Fayes pertenecía á Vigor el mayor, cuñado del banquero Leclercq. Vigor mandaba además la guardia nacional.

Una solterona, Gaubertin Vallat, hermana de la escribana, tenía el despacho de efectos timbrados.

De este modo, á cualquier parte que uno mirase en la Ville-aux-Fayes, encontraba un miembro de aquella coalición invisible, cuyo jefe declarado y reconocido por todos, grandes y pequeños, era el alcalde del pueblo, el agente general del comercio de leña, Gaubertin.

Si de la subprefectura se bajaba al valle del Avonne, Gaubertin dominaba en Soulanges, por los Soudry, por Lupin, teniente alcalde, administrador de la tierra de Soulanges y estaba en continua correspondencia con el conde, por Sarcus el juez de paz, por Guerbet el maestro, y por Gourdon el médico, que se había casado con una Gendrin Vatebled. Gobernaba en Blangy por Rigou, y en Conches por el administrador de correos, dueño absoluto de este pueblo. Por el gran influjo que ejercía el ambicioso alcalde de la Ville-aux-Fayes en el valle del Avonne, se puede adivinar la influencia que tendría en toda la comarca.

El jefe de la casa Leclercq estaba en la diputación con miras interesadas. El banquero había prometido desde un principio que dejaría que nombrasen á Gaubertin en su puesto tan pronto como él obtuviese la recaudación general del departamento. Soudry, el procurador del rey, aspiraba á ser abogado general de la audiencia, y el rico juez de instrucción Guerbet esperaba una plaza de consejero. De este modo, la ocupación de estos empleos, lejos de ser opresiva, garantizaba el ascenso de Vigor, el juez suplente, de Francisco Vallat, el sustituto, primo de la señora de Sarcus el Rico, y, por fin, el de los jóvenes ambiciosos del pueblo, conciliando

de este modo la coalición con la amistad de las familias postulantes.

La influencia de Gaubertin era tan seria, tan grande, que los fondos, las economías, el dinero oculto de los Rigou, de los Soudry, de los Gendrin, de los Guerbet, de los Lupin y hasta del mismo Sarcus el Rico, obedecía á sus prescripciones. La Ville-aux-Fayes tenía fe, por otra parte, en su alcalde. La capacidad de Gaubertin no era menos elogiada que su probidad y que su amabilidad; pertenecía por completo á sus parientes y á sus administrados, pero á cambio de retribución. El consejo municipal le adoraba. Así es que todo el departamento vituperaba al señor Mariotte de Auxerre por haber contrariado al bueno de Gaubertin.

Sin sospechar su fuerza, pues no se había presentado ocasión ninguna de mostrarla, los habitantes de la Ville-aux-Fayes se limitaban á alabarse de no tener gente extraña en su casa, y se creían excelentes patriotas. Nada escapaba, pues, á aquella inteligente tiranía, que, por otra parte, pasaba desapercibida, y que á todos parecía el triunfo de la localidad. Cuando la oposición liberal declaró la guerra á los Borbones de la rama mayor, Gaubertin, que no sabía dónde colocar á un hijo natural suyo, ignorado de su mujer, y llamado Bournier, que residía hacía ya tiempo en París, bajo la vigilancia de Leclercq, viendo que había llegado á ser regente de una imprenta, hizo crear en su favor una imprenta en la Ville-aux-Fayes. A instancias de su protector, este muchacho fundó un periódico titulado *El Correo del Avonne*, que salía tres veces por semana, y que empezó por quitar el beneficio de los anuncios legales al periódico de la prefectura. Esta hoja departamental, que favorecía al ministerio en general, pero que pertenecía al centro de la izquierda en particular, y que llegó á ser muy beneficiosa al comercio, para publicar en él los precios de los productos de Borgoña, era completamente adicto á los intereses del triunvirato Rigou, Gaubertin y Soudry. A la cabeza de un hermoso establecimiento, que le producía, ya algunas ganancias, Bournier, protegido por el alcalde, cortejaba á la hija de Marechal el procurador. Este casamiento parecía probable.

El único ajeno á la gran familia avonesa era el ingeniero de puentes y caminos; pero ya estaban pidiendo con instancia su traslado para dar su plaza á Sarcus, hijo de Sarcus

el Rico, y todo anunciaba que aquel agujero de la red quedaría bien pronto tapado.

Esta liga formidable que monopolizaba todos los servicios públicos y particulares, que absorbía el país, que se unía al poder como una *rémora* al navío, pasaba desapercibida para todas las miradas; el general Montcornet no la sospechaba. La prefectura aplaudía la prosperidad del distrito de la Ville-aux-Fayes, del cual se decía al ministerio del Interior: «Esta es una subprefectura modelo, todo marcha á las mil maravillas. ¡Qué felicidad si todos los distritos se pareciesen á éste!» El espíritu de familia estaba tan de acuerdo con el espíritu de la localidad, que allí, como en muchos pueblecillos, un funcionario ajeno al país no hubiese podido resistir ni un año.

Cuando el despótico parentesco provinciano causa una víctima, la envuelve y la amordaza de tal modo, que no se atreve ni siquiera á quejarse; queda envuelta en miel y cera como un caracol que se introduce en una colmena. Esta tiranía invisible é insecuestrable tiene por auxiliares poderosas razones: el deseo de estar en medio de su familia, de vigilar sus propiedades, el apoyo mutuo que se prestan, las garantías que encuentra la administración viendo á su agente bajo el apoyo de los conciudadanos y de sus parientes. Así es que el nepotismo se practica lo mismo en las esferas elevadas que en el pueblecito de provincias. ¿Qué ocurre entonces? El país y la localidad triunfan en las cuestiones de interés general; el deseo parisiense de centralización encuentra terribles obstáculos; la verdad de los hechos es tergiversada y la provincia se burla del poder. En fin, una vez satisfechas las grandes utilidades públicas, es claro que las leyes, en lugar de obrar sobre las masas, reciben de ellas modificaciones; las poblaciones se las adaptan, en lugar de adaptarse á ellas.

Cualquiera que haya viajado por el mediodía ó por el oeste de Francia, en Alsacia, para visitar los monumentos ó el paisaje, tiene que reconocer la verdad de estas observaciones. Estos efectos del nepotismo provinciano son hoy hechos aislados; pero el espíritu de las leyes actuales tiende á aumentarlos. Esta torpe dominación puede causar grandes males, como lo demostrarán algunos acontecimientos del drama que se desarrollaba entonces en el valle de los Aigues.

Derribado el sistema más imprudentemente de lo que se

cree, el sistema monárquico y el sistema imperial remediaban este abuso, gracias á las existencias consagradas, por clasificaciones y por contrapesos que se han definido estúpidamente con la palabra *privilegios*. No existen privilegios desde el momento en que todo el mundo es admitido á trepar por la cucaña del poder. Por otra parte, ¿no serían preferibles aquellos privilegios confesados y conocidos, que los privilegios cogidos por sorpresa, establecidos con astucia y que reanudan la obra del despotismo bajo mano? ¿Se han derribado acaso aquellos nobles tiranos consagrados á su país para crear tiranuelos egoístas? ¿Ocupará el poder las bodegas, en lugar de ocupar la cúspide, como le corresponde? Hay que pensar en esto. El espíritu de localidad, tal como acaba de ser dibujado, llegará á hacerse dueño de la cámara.

El amigo de Montcornet, el conde la Roche-Hugon, había sido destituido poco tiempo después de la última visita del general. Esta destitución llevó á este hombre de Estado á la oposición liberal, en donde pasó á ser uno de los corifeos del partido de la izquierda, que no tardó en abandonar por una embajada. Felizmente para Montcornet, su sucesor era un yerno del marqués de Troisville, tío de la condesa, el conde de Casteran. El prefecto recibió á Montcornet como á pariente, y le dijo con mucha amabilidad que no olvidase sus visitas á la prefectura. Después de haber escuchado las quejas del general, el conde de Casteran rogó al obispo, al procurador general, al coronel de la gendarmería, al consejero Sarcus y al general que mandaba la división, que fuesen á almorzar con él al día siguiente.

El procurador general, barón Bourlac, tan célebre por los procesos la Chanterie y Rífael, era uno de esos hombres adictos á todos los gobiernos, y cuya adhesión constituye uno de los elementos más preciosos de éstos. Después de haber debido su elevación á su fanatismo por el emperador, debió la conservación de su grado judicial á su carácter inflexible y á la conciencia con que obraba siempre en el cumplimiento de sus deberes. El procurador general, que en otro tiempo había perseguido con encarnizamiento á los restos de la *chuaneria* (1), persiguió á los bonapartistas con

(1) En los primeros tiempos de la insurrección de la Vendée contra la República, los aldeanos se reunían por la noche, y como contraseña imitaban

igual encarnizamiento. Pero los años y las tempestades habían dulcificado su carácter; se había hecho agradable con sus maneras y con sus formas.

El conde de Montcornet explicó su posición, los temores de su guarda general, habló de la necesidad de hacer ejemplares escarmientos y de sostener la causa de la propiedad.

Estos altos funcionarios escucharon gravemente, sin responder más que trivialidades como las siguientes: «Ciertamente, hay que apoyar la ley. Vuestra causa es la de todos los propietarios. Velaremos por ella; pero en las circunstancias en que nos encontramos es necesario tener prudencia. Una monarquía tiene que hacer más por el pueblo, que lo que el pueblo haría por sí mismo, si fuese, como en 1793, el soberano. El pueblo sufre, y nos debemos tanto á él como á vos.»

El implacable procurador general expuso con dulzura serias y benévolas consideraciones sobre la situación de la clase baja, que hubiesen probado á nuestros futuros utopistas que los funcionarios más elevados conocían ya las dificultades del problema que ha de resolver la sociedad moderna.

Es inútil decir aquí que en esta época de la Restauración tuvieron lugar sangrientas colisiones en varios puntos del reino, precisamente á causa del pillaje de los bosques y de los derechos abusivos que los aldeanos de algunas comarcas se habían arrogado. El ministerio y la corte no gustaban de esta clase de sediciones, ni de la sangre que había de derramarse para sus represiones felices ó desgraciadas. Aunque se sentía la necesidad de obrar con mano dura, se trataba de torpes á los administradores después de haber comprimido á los aldeanos, y si se mostraban débiles, eran destituidos. Así es que los prefectos tenían siempre estos deplorables accidentes.

Desde el principio de la conversación, Sarcus el Rico había hecho al procurador general y al prefecto una seña, que Montcornet no vió, y que determinó la marcha de la conversación. El procurador general conocía la situación de

el grito del buho (*Chat-huant*, en francés). De *Chat-huant*, por corrupción, se formó la palabra *chouan*, con que se designa á todos los partidarios de la causa real en Bretaña.—(N. del T.)

los ánimos en el valle de los Aigues por su subordinado Soudry.

—Preveo una lucha terrible, había dicho el procurador del rey de la Ville-aux-Fayes á su jefe, que había ido á verle expresamente. Nos matarán á los gendarmes, lo sé por mis espías. Tendremos un mal proceso. El jurado no nos apoyará cuando se vea expuesto al odio de las familias de veinte ó treinta acusados, no nos concederá la cabeza de los asesinos, ni los años de presidio que pidamos para los cómplices. Pleiteando vos mismo, apenas obtendríais algunos años de cárcel para los más culpables. Vale más cerrar los ojos que abrirlos, cuando, abriéndolos, estamos seguros de provocar una colisión que costará sangre, y acaso seis mil francos de costas al Estado, sin contar la manutención de esa gente en presidio. La cosa es cara para un triunfo que expondrá la debilidad de la justicia á todas las miradas.

Incapaz de sospechar la influencia de la *mediocracia* de su valle, Montcornet no habló de Gaubertin, cuya mano atizaba el hogar de aquellos nacientes trastornos. Después de almorzar, el procurador general tomó al conde de Montcornet por el brazo y lo llevó al despacho del prefecto. Al salir de aquella conferencia, el general Montcornet escribió á la condesa que partía para París y que no estaría de vuelta hasta después de una semana. Por la ejecución de los planes que le dictó el barón Bourlac, ya se verá cuán prudentes eran sus consejos; y si los Aigues podían verse libres de aquella mala voluntad, tenía que ser conformándose con la política que el magistrado acababa de aconsejar secretamente al conde de Montcornet.

Algunos lectores, ávidos de interés ante todo, encontrarán pesadas estas explicaciones; pero es útil advertir aquí que el historiador de las costumbres obedece á leyes más duras que aquellas porque se rige el historiador de los hechos; tiene que convertirlo todo en probable, hasta lo verdadero, mientras que, en el dominio de la historia propiamente dicha, lo imposible queda justificado con la razón de que ha ocurrido. Las vicisitudes de la vida social ó privada están engendradas por una infinidad de pequeñas causas que participan de todo. El sabio está obligado á despejar las masas de una avalancha, bajo la cual han perecido aldeas, para mostraros los guijarros desprendidos de una cima que

han determinado la formación de aquella montaña de nieve. Si no se tratase aquí más que de un suicidio, hay quinientos al año en París; este melodrama se ha hecho vulgar, y todos lo aceptarían como cierto con las más insignificantes razones; pero ¿á quién se hará creer que el suicidio de la propiedad haya ocurrido en un tiempo en que la fortuna parece más preciosa que la vida? *De re vestra agitur*, decía un fabulista; se trata aquí de asuntos que interesan á todos los que poseen algo.

Pensad que esta liga de toda una comarca y de un pueblecito contra un general escapado, á pesar de su temerario valor, de los peligros de los combates, se ha formado en más de un departamento contra hombres que querían hacer el bien. Esta coalición amenaza incesantemente al hombre de genio, al gran político, al gran agrónomo, en una palabra, á todos los innovadores.

Esta última explicación, política, por decirlo así, no sólo da á los personajes del drama su verdadera fisonomía, y gravedad al más pequeño detalle, sino que además arrojará vivas luces sobre esta escena, que pone en juego todos los intereses sociales.

CAPÍTULO X

MELANCOLÍA DE UNA MUJER FELIZ

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

APDO. 1625 MONTERREY, MEXICO

En el momento en que el general montaba en la calesa para ir á la prefectura, la condesa llegaba á la puerta del Avonne, en donde estaba instalada la habitación de Michaud y de Olimpia desde hacía diez y ocho meses.

El que recuerde la descripción que se ha hecho anteriormente, lo creería reedificado. En primer lugar, los ladrillos caídos ó gastados por el tiempo y el cemento que faltaba en las juntas habían sido reemplazados. La pizarra con que estaba cubierto el tejado había sido arreglada y devolvía su alegría á la arquitectura, por efecto de los balaustres blancos que resaltaban en aquel fondo azulado. Las avenidas, desobstruidas y arenadas, estaban cuidadas por el hombre encargado de arreglar los paseos del parque. Las molduras